

PROFESOR FEDERICO PÉREZ CASTRO: *IN MEMORIAM*

אוהב אמונה אוהב תקוף
ומוצאו מצא חן
לאוהב אמונה אין מחיר
ואין משקל לטובתו
(*Ben Sira* 6:14-15)

El pasado día 15 de agosto falleció el Profesor Federico Pérez Castro en su finca de Méntrida (Toledo). Había sido catedrático de Lengua Hebrea en la Universidad Complutense de Madrid desde 1950. Fue también Vicedecano de la Facultad de Filosofía y Letras de esa Universidad y, junto con el Profesor Manuel Fernández Galiano, creó en 1966 la especialidad de Filología Bíblica Trilingüe. Desempeñó un papel importante en la fundación del Instituto Arias Montano en 1940; en 1943 ya era secretario y en 1965 director del mismo; tuvo otros puestos de relieve en el CSIC hasta llegar a ser Vicepresidente en 1971; dirigió desde sus comienzos la columna hebrea de la *Biblia Polyglotta Matritensia*; fundó la colección «Textos y Estudios Cardenal Cisneros»; creó el Instituto de Estudios Sefardíes y el Museo Sefardí de Toledo; y fue uno de los padres fundadores de la «International Organization for Masoretic Studies».

En el Volumen de Homenaje que le dedicamos sus amigos, colegas y discípulos, publicado en la revista *Sefarad* en 1986, se encontrarán los datos fundamentales de su *curriculum vitae*, y un elenco de sus principales publicaciones.

Dejar la enseñanza, en 1986, por aplicación de normas que adelantaban la jubilación de los funcionarios públicos, le provocó un enorme disgusto. En sus clases de sintaxis hebrea seguía estrictamente las pautas marcadas por R. Meyer en la segunda parte de su *Hebräische Grammatik*. Pero quienes asistimos a ellas recordamos la forma vívida con la que explicaba los textos del Antiguo Testamento que ilustraban el fenómeno sintáctico correspondiente: reproducía físicamente la forma en la que había de prepararse una honda o tensar un arco; describía con detalle los trabajos que han de realizarse en las distintas fases de las labores agrícolas y los aperos de labranza correspondientes; los métodos que habían de seguirse para lograr una buena cosecha; aclaraba el significado de términos tales como «enjullo», «moharra» y tantos otros que aparecían en la espléndida traducción del Antiguo Testamento realizada por el Profesor Cantera, tan literal y académica que era el texto de referencia de nuestros trabajos. Nos instaba repetidamente a aprender *realia* y nos aconsejaba también que estudiáramos alemán porque era, en su opinión, la primera lengua semítica.

Por las tardes, en el Consejo, largas sesiones de colación de las distintas fuentes que habían de editarse en la columna hebrea de la *Biblia Polyglotta Matritensia*, según un libro blanco que había preparado cuidadosamente, dibujando, incluso, la disposición de las páginas pares e impares e indicando dónde habían de colocarse las variantes de los testimonios utilizados.

Si en el momento de su jubilación la situación de la Universidad había cambiado, lo mismo estaba pasando en el CSIC. Había desaparecido el Instituto Arias Montano, para integrarse en el entonces llamado Instituto de Filología. Su *status* académico en el mismo pasó a ser el de «doctor vinculado». ‘Vinculado’ -decía con tristeza- a un Centro a cuya fundación había contribuido. Y se fue alejando de la Universidad y del Consejo, organismos en los que había desarrollado su actividad científica; se fue alejando, incluso, de nosotros -pese al respeto y afecto que le manifestamos siempre- para refugiarse en su finca de Métrida, y dedicarse a dos de sus aficiones favoritas: la teología y la música.

Pérez Castro había comentado en numerosas ocasiones que la verdadera labor de un humanista comenzaba a partir de los sesenta años. Es entonces -decía- cuando, tras largo tiempo de lectura y reflexión, el científico puede hacer síntesis valiosas, aportar visiones amplias y generales, y al tiempo poner de relieve el valor de disciplinas minoritarias. Meditar, valorar, transmitir, orientar... No llegó a hacerlo. Fue como si su mundo se hubiera hundido, como si las circunstancias lo hubieran sobrepasado. Además de sus magníficas aportaciones científicas, hay cuatro aspectos de su vida académica que merecen especial valoración:

– El haber participado, como he dicho, en la fundación del Instituto Benito Arias Montano, y colaborado, con el Profesor Cantera Burgos, en la creación de una magnífica biblioteca de temas Bíblicos, Hebraicos, Sefardíes y de Oriente Próximo.

– El haber llevado a cabo una verdadera política científica que permitió un crecimiento paritario de las distintas líneas de trabajo que integraban el Instituto.

– El haberse preocupado de formar e incorporar a la Universidad y al CSIC a varias promociones de científicos -todavía seguimos algunas en activo- que, en sus distintas áreas, llevaron el nombre del Instituto Arias Montano y del Departamento de Estudios Hebreos y Arameos de la Universidad Complutense de Madrid a niveles muy elevados en los escenarios más diversos.

– El haber abierto para todos nosotros, gracias a sus magníficas relaciones con investigadores y centros académicos de otros países, sendas de aproximación a foros internacionales, en una época en la que España se encontraba científicamente aislada.

Quizá cuando éramos sus alumnos no sabíamos qué hacer para lograr una buena cosecha. Él sí lo sabía, y lo consiguió.

El pasado 12 de noviembre nos reunimos en la Facultad de Filología un grupo de amigos, discípulos y familiares para evocar su recuerdo. No fue un acto triste aunque sí nostálgico porque hablábamos de él y, al mismo tiempo, de nosotros, de nuestra juventud. Buen número de los asistentes recordamos algunas facetas de su personalidad: fue un hombre inteligente, con una enorme capacidad de síntesis, sutil y sensible en sus traducciones de poetas hebreos, generoso, cordial, afable, exquisitamente cortés. Y, quizá, lo más importante del acto fue el hecho de que tuviera lugar en una sala que pasó a denominarse, desde ese momento, «Seminario Federico Pérez Castro».

Sin embargo, al escribir estas líneas yo sí me siento triste; tristemente cercana a las reflexiones que llevaron al Profesor Pérez Castro a abandonar prematuramente la vida científica. Es un sentimiento que comparten muchos de mis colegas. Él sufrió por la desaparición del Instituto Arias Montano; nosotros, por la pérdida de la palabra Filología en la titulación de nuestra área de trabajo.

He empezado este *In Memoriam* con dos versículos del libro de Ben Sira con los que dediqué al Profesor Pérez Castro mi tesis doctoral, y que traduje así:

Amigo fiel, amigo verdadero,
aquel que lo halla, tesoro halló;
para un amigo fiel no existe precio,
ni puede ponderarse su valor.

Termino con unas líneas firmadas por el Profesor Pérez Castro. Pertenecen al *In memoriam* que dedicó al Profesor Francisco Cantera Burgos (*Sef* 38, 1978) y que pueden serle aplicadas a él mismo: «Para muchos de nosotros su figura va íntimamente ligada a nuestros mejores y más fecundos años. Su muerte nos hace volver una hoja de nuestra existencia, y dejar atrás capítulos de la misma que ya no podrán repetirse».

Emilia Fernández Tejero
ILC, CSIC, Madrid